



UNA CRÓNICA DE AVIONES Y GIRASOLES. DOS ARGENTINAS VARADAS EN MÉXICO, REPATRIADAS POR MORMONES, Y ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INVISIBILIDAD EN EL INICIO DEL ASPO

Patricia Alejandra Fogelman¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –
CONICET/Argentina

RESUMEN

En este artículo, que es una crónica y un comentario sobre tres obras que surgieron a inicios del ASPO, se centra en una situación excepcional al inicio de la pandemia: la experiencia de una pareja de lesbianas que quedaron varadas fuera de su país de origen (Argentina), hasta fines de abril y fueron repatriadas en un vuelo de misioneros mormones con intervención de la Embajada Argentina en México. La situación de los “argentinos varados en el exterior” fue centro de un debate moralizante -cruzado de tensiones políticas y prejuicios-, hacia el interior de la sociedad argentina en los primeros tiempos del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). La propuesta es que la crónica sirva para cuestionar algunos preconceptos, ver ciertas contradicciones, pensar en una clave en la que “visibilizar es también, humanizar”. Este artículo tiene dos partes: la primera, es la presentación de una crónica sintética de la pareja varada en México y del regreso a Buenos Aires y, la segunda, es una serie de comentarios que pretenden analizar la situación de una pareja lésbica en esta situación anómala de “varadas”, y referir a tres textos producidos por grandes referentes del pensamiento contemporáneo, redactados al calor e incertidumbre de los primeros meses del ASPO, uno de ellos de pluma internacional (**Sopa de Wuhan**) y, otros dos, de autores nacionales argentinos (**La fiebre** y **El futuro después del Covid-19**).

Palabras clave: crónica; varados en el exterior; Aislamiento preventivo; Covid- 19; invisibilidad.

UMA CRÔNICA DE AVIÕES E GIRASSÓIS. DUAS ARGENTINAS ENCALHADAS NO MÉXICO, REPATRIADAS PELOS MÓRMONS, E ALGUMAS CONSIDERAÇÕES SOBRE A INVISIBILIDADE NO INÍCIO DA ASPO

RESUMO

Neste artigo, que é uma crônica e um comentário sobre três obras surgidas no início da ASPO, centra-se numa situação excepcional do início da pandemia: a experiência de um casal de lésbicas que ficou retido fora do seu país de origem (Argentina), até o final de abril e foram repatriadas em um voo de missionários Mórmons com a intervenção da Embaixada Argentina no México. A situação dos “argentinos *varados* (retidos) no exterior” foi o centro de um debate moralizante - atravessado por tensões e preconceitos políticos - na sociedade argentina nos primórdios do Isolamento Social Preventivo e Obrigatório (ASPO). A proposta é que a crônica sirva para questionar alguns preconceitos, enxergar certas contradições, pensar em uma chave em que “tornar visível também é humanizar”. Este artigo tem duas partes: a primeira é a apresentação de uma crônica sintética do casal retido no México e o retorno a Buenos Aires e, a segunda é uma série de comentários que buscam analisar a situação de um casal de lésbicas nesta situação anômala de “encalhadas” ou “retidas” fora do país, e referem-se a três textos produzidos por grandes referentes do pensamento contemporâneo, escritos no calor e na incerteza dos primeiros meses da ASPO, um deles de pena internacional (**Wuhan Soup**) e, outros dois, de autores nacionais argentinos (**A febre** e **O futuro após Covid-19**).

Palavras-chave: crônica; retidas no exterior; isolamento preventivo; Covid- 19; invisibilidade.

INTRODUCCIÓN

La pandemia de Covid-19 nos sorprendió en muchos sentidos. Más allá del hecho rotundo de las pérdidas humanas, del sufrimiento de quienes convalecieron y la preocupación de sus allegados, trastocó en breves días -y en gran medida- el orden planetario. Algunos, por el momento no hemos sido contagiados o no hemos perdido a algún ser querido (por suerte) y no estamos ajenos al estremecimiento colectivo que estamos atravesando. En este contexto raro, muchos estamos pensando sobre cómo será el porvenir y evaluando cómo seguir nuestros activismos en el contexto de pandemia. Pienso que los activismos implican la manifestación y la expresión del reclamo, del cuestionamiento que un colectivo lleva adelante. Esa visibilización es una necesidad y un derecho humano que, en pandemia, cambia de escenario y nos obliga a pensar posiciones y estrategias. La visibilización de lo humano, y me refiero a la manifestación de las necesidades de sujetos, actoresⁱⁱ, que llevan adelante sus causas -desde mi punto de vista- es fundamental en todo gesto político. En este artículo, voy a referirme a una situación para mí, excepcional, que viví en el inicio de la pandemia: soy una de las miles de personas que quedaron varadas fuera de sus países de origen, tomadas realmente por sorpresa, y que vivenciamos diferentes temores y experimentamos distintas fragilidades, sensaciones alternativas a quienes rápidamente se recluyeron en sus casas frente a las pantallas

de sus dispositivos de comunicación, y que en mi país (Argentina) fue centro de un cierto tipo de debate moralizante, cruzado de tensiones políticas y prejuicios. Nadie tenía experiencia en el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO): es una experiencia social a gran escala que se estrena con nosotros. Y observo que en esa prisa por generar un nuevo orden (temporario?) de la sociedad, rápidamente se juzgó y se tomó partido muchas veces, deshumanizando a las personas que quedaron afuera de las fronteras nacionales en situaciones muy disímiles (es cierto), tan diversas, tan particulares pero todas atravesadas por la angustia, el miedo y la necesidad de estar en casa, cerca de los seres queridos.

158

Es por eso que he decidido sumarme al dossier contando mi experiencia personal (y sí, porque “lo personal es político”, como postula el feminismo) esperando compartir una reflexión sobre la invisibilidad de algunas personas del colectivo LGTTBIQNB+ del que hago parte. Y espero que lo curioso de la crónica sirva para cuestionarnos algunos preconceptos, ver ciertas contradicciones, pensar en una clave en la que visibilizar es también, humanizar.

La estructura de este artículo consiste en dos partes: la primera, es la presentación de una crónica sintética de cómo mi pareja y yo quedamos varadas en México y conseguimos luego, regresar a Buenos Aires. Posteriormente, presentaré una serie de comentarios que pretenden analizar la situación de una pareja lesbica en esta situación anómala de “varadas”, y

referir a tres textos producidos por grandes referentes del pensamiento contemporáneo, redactados al calor e incertidumbre de los primeros meses del ASPO, uno de ellos de pluma internacional (**Sopa de Wuhan**) y, otros dos, de autores nacionales argentinos (**La fiebre** y **El futuro después del Covid-19**).

AVIONES Y GIRASOLES. DOS ARGENTINAS VARADAS EN MÉXICO Y REPATRIADAS POR MORMONES

Soy historiadora e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), de Argentina. Me especializo en historia cultural de la religión, en el cruce con los estudios del género y las imágenes y, durante más de diez años, dicté una introducción a la historia general de Brasil en la Universidad de Buenos Aires.

Viajé a México antes de que el Covid-19 tomara alcance de pandemia. Salí de Buenos Aires el 11 de febrero junto a mi pareja, Victoria Polti, que es antropóloga y flautista. Las dos teníamos actividades académicas: conferencias y cursos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) primero, y un congreso en la Facultad de Música, en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), después. Hasta el 11 de marzo todo transcurrió con normalidad. Más o menos en esos días empezaron percibirse las “gripes y resfríos dudosos” entre los participantes y empezaron a llegar las graves noticias sobre el nuevo virus.

Incluso, nosotras nos resfriamos y nos asustamos un poco, pero no resultó ser nada grave, aunque sentíamos incomodidad de generar miedo entre las personas con las que nos podríamos cruzar durante el camino de vuelta a casa.

Nuestro pasaje de regreso a Buenos Aires, Vía Aeroméxico, estaba fechado el 17 de marzo desde la Ciudad de México. Por eso, el (supuesto) final de nuestro viaje nos encontraba en un clima de nervios general porque en esos días se dio el reconocimiento oficial de que el Covid-19 había alcanzado el nivel de pandemia. Volvíamos desde Tuxtla para hacer pie en la Ciudad de México (MDMX), resfriadas, agotadas y preocupadas. Íbamos a hospedarnos por dos noches en un hotel que reservamos por internet, con una empresa muy conocida y que resultó ser una estafa: el hotel no tenía ventana, el cuarto era diminuto, la humedad era mucha y no estábamos bien de salud, así que cancelamos y fuimos enfrente, a ver uno mejor que el mismo hospedero nos estaba sugiriendo. Así, llegamos el 15 de marzo al Hotel Casa Moctezuma, en el barrio El Carmen (Coyoacán): era una antigua casa muy bien restaurada, con un bello jardín con una fuente y un encargado sumamente correcto y eficaz. El lugar era de un nivel bastante más alto que lo previsto, pero como era por dos noches, ese gasto lo podíamos enfrentar y, así, descansar y reponernos un poco del resfrío. Roberto (así se llama el encargado) nos acompañó a elegir el cuarto y nos quedamos con un estudio amplio, con cocina, muy luminoso y con ventanas que daban al jardín (Fig. 1). No

abrimos casi las valijas porque íbamos a irnos en dos días, nunca esperamos que el vuelo se cancelara: antes habíamos preguntado en el

escritorio de Aeroméxico -cuando pasamos por el aeropuerto- y nos dijeron que “estaba todo normal”.



160

Fig. 1. Departamento (piso superior) en el Hotel Casa Moctezuma. CDMX. 18 de marzo 2020.

La cuestión es que la cancelación del vuelo vino sin fecha de reprogramación y en medio de la paranoia del contagio, estar varadas nos generó una enorme angustia. Seguíamos resfriadas, lo que nos convertía en sospechosas de portar el virus, debíamos hacer gestiones de reprogramación o endoso de pasajes, necesitábamos ir a las oficinas de Aeroméxico porque no atendían los teléfonos ni respondían a

través de las redes. Fuimos a una de las sucursales y los empleados no daban ninguna respuesta, montamos una escena (es cierto) y simplemente decían que el gobierno argentino había prohibido los vuelos comerciales (en ese momento, eso no era real) motivo por el cual la empresa no podría reprogramar vuelos. Realmente no podíamos comprar nuevos pasajes en otra aerolínea, el hotel para nosotras se

contaba en dólares (el dólar en Argentina se estaba disparando y, además, se nos sumaba el 30% de un impuesto argentino sobre gastos en el exterior), estábamos con las defensas bajas y más expuestas al contagio. Obviamente, nuestras coberturas médicas de viaje expiraron en el mismo momento que se canceló nuestro regreso.

Fuimos, a pesar de todo eso, al Consulado Argentino en México. Tampoco allí había soluciones. El personal se veía tan estresado e impotente como nosotras. Salimos y tomamos un taxi al aeropuerto donde, en la oficina de Aeroméxico, reclamamos por nuestros billetes pero no había reprogramación ni endoso del vuelo a otras aerolíneas. Primero nos ignoraron, así que levantamos la voz, exigimos el reintegro o la reprogramación en voz muy alta, llamamos al responsable de la sección y vino... pero nos amenazó y llamó a seguridad del Aeropuerto. Nos filmamos y comunicamos con la Embajada mientras venía el guardia pero no ofrecieron ninguna ayuda. El policía nos llevaba a PROFECO pero no sabía explicarnos qué eran esas siglas. En el camino, *googleamos* y vimos que se trataba de una oficina de orientación y registros de reclamos para consumidores del aeropuerto. Cuando llegamos, simplemente había una mesa en un *hall* con un cartel, un hombre y una mujer que comían hamburguesas. No era una oficina. El hombre nos atiende con la boca llena y mala voluntad y nos dice que no tenemos que reclamar nada de Aeroméxico, porque “la empresa se reserva el derecho de no restituir los pasajes durante una situación excepcional, como

la pandemia”, así que lamentablemente, habíamos perdido nuestros billetes.

PROFECO no tenía ni libro de quejas. Era una especie de “fachada” (muy precaria, por cierto) en consuno con el sistema de seguridad (autoritario, pues nos había llevado con amenaza de ir detenidas si seguíamos protestando) y evidente connivencia con las aerolíneas. No obstante, Aeroméxico estaba vendiendo vuelos a otros destinos (había fila en la oficina) y culpaba al gobierno argentino de cerrar las fronteras para los vuelos comerciales. En realidad, eso no estaba sucediendo: Argentina todavía recibía vuelos con ciudadanos argentinos pero a Aeroméxico no le convenía llevar vuelos incompletos pues debía dejar a los extranjeros fuera de los aviones. En vez de juntarnos a todos los argentinos con pasajes comprados y llenar algunos vuelos, Aeroméxico eligió cancelarlos dejándonos varadas y no quiso endosar los pasajes a otras aerolíneas. Estábamos realmente en una crisis. Hubo gente con más recursos que compró pasajes en otras empresas y, poco después, esos vuelos también se fueron cancelando. Muchos llegaron a entrar a nuestro país vía Panamá o Chile, pero en los siguientes días las aerolíneas se sumaron a las cancelaciones y así algunos pagaron dos o tres pasajes y no consiguieron volver.

Nosotras no sabíamos cuándo iba a resolverse el regreso y la señora Zulema, dueña del Hotel Moctezuma, nos llamó para conversar. Nos explicó que por cuidado del personal de la casa y prevención para los huéspedes, el hotel

iba a cerrar. Pero que entendía que no teníamos cómo ni a dónde irnos, y que iba a dejarnos alojadas a “hotel cerrado al público”, si eso queríamos, y al precio que pudiéramos pagarle. No iba a haber más desayunos ni personal de limpieza pero nos iban a dejar un *kit* para higiene del estudio (el departamento) y acceso a la cocina general del hotel. Su hija Valeria (que vive allí mismo) y Miguel, el casero o guardián, se quedarían también. Íbamos estar cómodas para hacer la cuarentena el tiempo que fuera necesario. Recuerdo esta charla en el jardín del Moctezuma con verdadera emoción. Victoria y yo respiramos aliviadas, hicimos cuentas, agradecemos de corazón la hospitalidad y entonces sí, desarmamos las valijas.

Transcurrieron días de trámites y formularios para la embajada, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET), Ministerio de Educación, la Universidad de Buenos Aires pero nadie ofrecía una solución. El gobierno argentino endurecía las medidas de cuidado interno con una cuarentena estricta y sí, las fronteras se cerraron pero no para los vuelos de repatriación. No obstante, Aerolíneas Argentinas no llegaba a Ciudad de México, sí a Cancún, y allí se concentró la mayor presencia de varados. Llegamos a ser más de 2000 argentinos varados en México. Había gente de todas las provincias, de diferentes clases sociales, gente que viajó por trabajo, estudios, salud, para ver parientes, por luna de miel, gente. Personas solas y en compañía –sí, en desigualdad de condiciones

materiales- pero gente diversa e igualmente frágil como la que quedó del otro lado del Aeropuerto de Ezeiza. Porque no todo el mundo podía pagarse más días de hotel estando en México, ni tenía crédito ilimitado en la tarjeta, porque le faltaban los remedios, por ejemplo. Algunos, debían regresar urgente para continuar un tratamiento de salud, otros estaban separados de sus hijos pequeños o debían asistir a sus padres ancianos que, se supo enseguida, eran los más vulnerables y no se los autorizaba a salir, siquiera, para hacer la compras de comida. La discriminación como medida de “protección” en pandemia (¿?) se estrenó con los varados en el exterior, luego, con los viejos que quedaron en casa (puesto que se intentó privarlos de su libertad) y claro, se ensañó con los más pobres: los habitantes de las villas de emergencia, quienes no tienen acceso al agua necesaria para lavarse como la prevención sanitaria básica requiere y duermen hacinados, en viviendas extremadamente precarias. El gobierno de la Ciudad de Buenos Aires sí que se lavó las manos frente a ellos.

Mientras toda esta angustia humana atravesaba las noticias de un lado y del otro, los argentinos varados en el exterior nos organizamos en grupos de Whatsapp e Instagramⁱⁱⁱ para compartir noticias de vuelos, posibles listas, información de las Embajadas, para reclamar juntos ante las autoridades argentinas, para circular lo que estábamos viviendo y ayudarnos mutuamente. Algunos fueron más activos que otros, pero la angustia de

estar agotando recursos y con miedo al contagio, era transversal.

Las listas de “repatriados” seguían siendo un secreto de la Embajada y veíamos por los grupos que se fueron organizando virtualmente que en ellas las prioridades de edad, salud, embarazadas, adultos con niños, no se estaban respetando. O sea, sin contactos no se conseguía lugar en los vuelos de Aerolíneas Argentinas desde Cancún ni se accedía a otros arreglos permitidos para entrar a nuestro país. Aeroméxico seguía sin darnos respuestas. Mientras, nuestras familias y amigos desesperaban desde el encierro porteño pues allí, en casa, el aislamiento estricto empezó bastante antes que en México. Todo cambió con la pandemia y las personas estaban asustadas y alteradas. En ese contexto, yo preferí alejarme del contacto virtual y del teléfono celular tratando de serenarme un poco y habituarme a la situación.

Empezábamos a acomodarnos al aislamiento. Hicimos compras más grandes de comida (ya no pensando en dos días), guardamos distancia social, salíamos siempre con barbijo y empezamos a tomar trabajo a distancia desde Buenos Aires. Ya no estábamos resfriadas y teníamos una rara sensación contradictoria de querer regresar a casa y ver a nuestros afectos, pero ya estábamos mejor y teníamos un jardín lleno de pájaros. También nos preocupaba gastar un dinero que nos endeudaría en dólares y estar sin protección de un seguro médico frente a la posibilidad de contagiarnos.

Supimos que, a pesar de las duras restricciones del gobierno argentino frente a los vuelos comerciales, Cancillería había autorizado un vuelo organizado por la Iglesia de los Santos de los Últimos Días: la Iglesia de los Mormones.

Nos indignamos, pues esperábamos que autorizaran el ingreso de vuelos reprogramados. Eso ya no sucedía y un país laico como Argentina dejaba a sus ciudadanos varados en el exterior pero abría puertas a un conjunto de ciudadanos de otros países para ir a misionar... En ese contexto, una amiga de Victoria le ofrece ayuda: un “contacto” político directo con la Embajada en México. Dudamos seriamente porque nos parecía muy mal pero, por otra parte, existía la posibilidad de quedarnos varadas hasta 163
septiembre (mes estimado de apertura de fronteras en Argentina)^{iv} y eso realmente era demasiado por nuestros nervios y por el dinero que claramente no alcanzaría. Así que aceptamos la ayuda y la amiga pasó los datos de las dos para que nos incluyan juntas en la lista de ese vuelo. Cuando llamaron de la Embajada Argentina en México solamente figuraba Victoria para ser repatriada. Ella dijo que sin mí no viajaría (que éramos una pareja) y, por suerte, desde la Embajada Argentina decidieron incluirme en el vuelo de regreso de esa misma noche. Teníamos unas horas apenas para preparar el viaje. Desde la Embajada nos dejaron muy en claro que “*no era un vuelo de Aeroméxico*”, que “un padrecito de la Iglesia de los mormones rentó un avión de la empresa, pagó combustible y tripulación para enviar

misioneros mormones a Argentina, que como vuelo humanitario que era, no hacía falta que pagásemos nuestros pasajes, no habría impresión de boletos pero sí deberíamos firmar una certificación (Fig. 2) desligando a la Iglesia de

Mormón de cualquier inconveniente durante o después del vuelo”: sí, que se cayera el avión, que surgiera cualquier problema, que nos contagiáramos el virus...

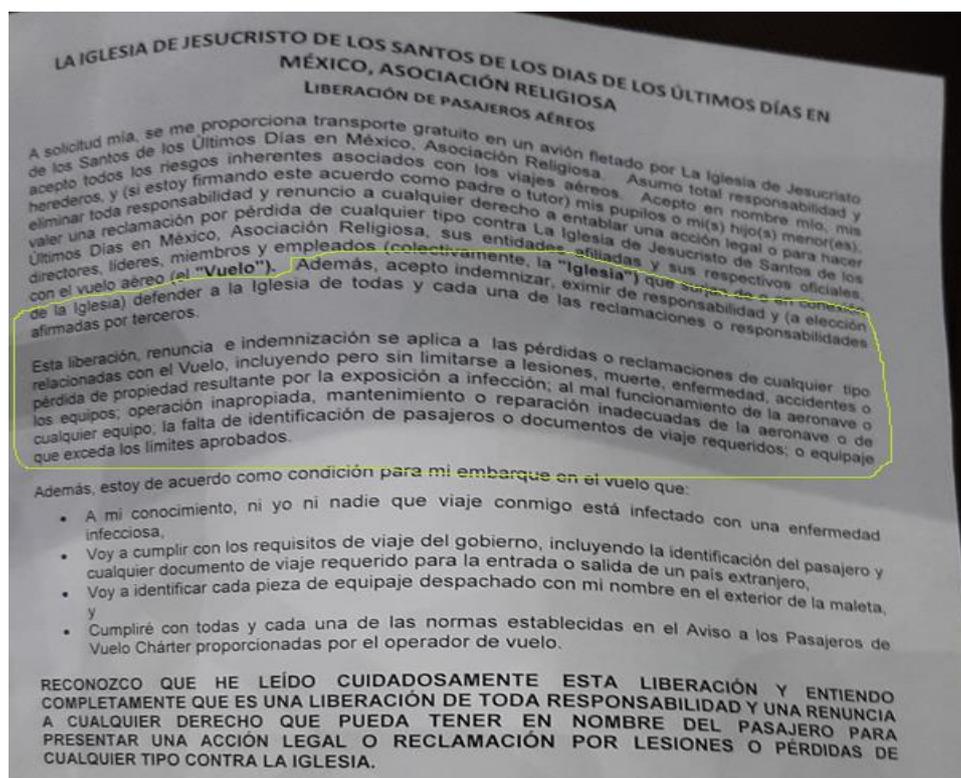


Fig. 2. Liberación de pasajeros aéreos del vuelo humanitario de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (IJSUD, Iglesia de Mormón), desde Ciudad de México a Buenos Aires, 29 de abril de 2020.

Ante la desesperación dijimos que sí, que muchas gracias y empacamos a toda velocidad. La Embajada Argentina colocó alrededor de 90 personas en el vuelo de los mormones, se hicieron dos filas bien diferenciadas entre argentinos y misioneros, y nos dejaron embarcar a los argentinos primero. Los empleados del Consulado estaban allí, todos vestidos de blanco y con barbijos, asistiendo a la organización de los trámites de embarque. Se nos tomó

recurrentemente la temperatura, firmamos papeles y subimos al avión.

Los misioneros, en su mayoría hombres, eran de distintos países de Latinoamérica. Ellos llevaban saco y corbata, ellas unas faldas largas. Es verdad que estábamos preocupadas por la posibilidad de contagio en la cabina pero el vuelo fue muy tranquilo aunque un poco surreal (Fig. 3). Los misioneros solamente cantaron para agradecer “al poder del Padre celestial” al

aterrizar en Ezeiza. En ese sentido, nos sorprendieron pues temíamos un vuelo lleno de oraciones y cantos, líderes de grupo organizando tareas misionales, referencias a textos religiosos. Pero no.

A pesar del nerviosismo de esos días de incertidumbre en torno al contagio, los misioneros mormones se comportaron de una manera serena, muy ordenada, sin exhibir privilegio alguno, las expresiones de religiosidad estuvieron ausentes a largo del vuelo (hasta el momento del aterrizaje, que sí fue extraño para

nosotras), como si fueran simples pasajeros de un vuelo comercial viajando y no los anfitriones que realmente fueron y a quienes, finalmente, les estamos agradecidas. No voy a negar que todo el trámite para ascender al avión fue de película futurista y que el clima durante el vuelo no fue de una tensa (muy tensa) calma: lo fue. Pero, en lo estructural, no hubo inconvenientes ni molestias más allá de los cuidados que todos debíamos tener y tuvimos.



Fig. 3. Vuelo humanitario de la IJSUD (Iglesia de Mormón), desde Ciudad de México a Buenos Aires, 29 de abril de 2020.

Al llegar, los misioneros mormones descendieron primero a tierra. Luego, el personal del aeropuerto argentino nos dividió a los que regresábamos en dos grandes grupos: quienes vivíamos en la Ciudad de Buenos Aires y

quienes vivían en el conurbano y el interior del país. A nosotras, porteñas, tras pasar por el escritorio de Migraciones y recoger el equipaje nos subieron a un ómnibus y nos llevaron a un hotel de aislamiento estricto sin informarnos a

dónde nos estaban llevando... El ómnibus estaba sucio y al llegar a un hotel contratado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, nos avisaron “amablemente” que no podíamos salir del cuarto ni al pasillo, y que había un auto con policías en la puerta del hotel porque otros ciudadanos habían intentado irse a sus casas. Que ni lo intentáramos. Nos rociaron con alcohol junto con el equipaje. Nos tomaron los datos. También nos dijeron que no tocáramos nada en los pasillos mientras accedíamos al cuarto, solamente el botón del ascensor con el codo para no contaminar y poner en riesgo a otros y que, una vez en nuestra habitación, nos dejarían las comidas en una bandeja, en la puerta. Sólo podríamos asomarnos con tapabocas para recogerla y devolverla. Estaba prohibido hacer contacto con los “voluntarios” que nos asistirían puerta de por medio. Eran voces sin rostro pero eran atentos y en ese contexto de paranoia, les estábamos muy agradecidas por estar allí, del

otro lado. Lo peor no era el encierro riguroso bajo amenaza policial, sino que el cuarto y el baño estaban sucios. Muy sucios. Sucedió que se restringía el personal de limpieza para no ponerlo en riesgo pero se hacía muy plausible que nos contagiásemos allí mismo el virus. Y, de hecho, a los pocos días nos enteramos de que hubo por lo menos un infectado de Covid-19 en el avión en el que viajamos.

Usamos una botella de alcohol en gel que llevamos desde México para limpiar todas las superficies de contacto que pudimos y recién el cuarto día nos dieron escoba, balde, secador de pisos y pudimos limpiar el suelo a fondo y relajarnos un poco: daba miedo bajarse de la cama descalzas o que una sábana se deslizara durante el sueño, hasta el piso. En el séptimo día nos hicieron un hisopado y al día siguiente nos dejaron continuar el aislamiento estricto en mi casa. Allí fuimos y completamos la quincena obligada.

166



Fig. 4. Los girasoles del último día de varadas en México. 28 de abril de 2020.

Fue una experiencia extraña, que no imaginamos nunca atravesar. Fue mucho tiempo aisladas, pero juntas, en distintas fases de cuarentena. A pesar de sentirnos vulnerables, en México tuvimos la suerte de encontrar gente solidaria que, sin conocernos, nos abrió las puertas y nos brindó cobijo. Nunca vamos a olvidar ese gesto: les visitaremos en la próxima vuelta (cuando la pandemia ya sea historia) y brindaremos por la sororidad que -así lo pensamos- fue lo que inspiró a Zulema a albergarnos en Casa Moctezuma compartiendo el jardín y los pájaros con Valeria, y al cuidado de Miguel quien -justo la mañana antes de recibir el llamado de la Embajada- nos vio tristes y nos regaló un ramo de girasoles (Fig. 4). No pudimos traerlos en el avión pero tomé unas fotos hermosas y nunca voy a olvidar ese gesto propiciatorio de alegría.

VARIANTES DE UN SISTEMA DE EXCLUSIÓN: “SE FUERON DEL PAÍS”, “SON TODOS IGUALES”, “INVISIBILIZAR”

- LOS PREJUICIOS DEL PROGRESISMO, LA CONDENA(S)CIÓN DEL ENEMIGO, EL CIERRE DE FRONTERAS

Lo primero que el ASPO nos trajo fue la sorpresa. La sorpresa fue como un flash, una luz que enturbia la vista, de repente. Nuestro vuelo había sido anunciado, ya habíamos realizado el *check-in on line*, la tarjeta de embarque había sido emitida y enviada por email; todo estaba

listo para ir al aeropuerto y se frenó de golpe, apenas seis horas antes de embarcar. Fue el primer vuelo cancelado a Buenos Aires.

No fue el gobierno argentino quien canceló nuestro vuelo: fue Aeroméxico, una empresa privada que, ante la imposibilidad de ingresar extranjeros a la Argentina, evaluó la falta de rentabilidad de realizar el viaje comercial ya pactado, dejándonos a la espera. En ese contexto, aún Aeroméxico podría haber mandado vuelos con argentinos de regreso a casa, reorganizando las reservas, para que fuéramos saliendo sin tanto problema pero no lo hizo y agravó la situación.

Luego, sí: fue el gobierno argentino que –167 pasados los días- cerró las fronteras al ingreso de todos los vuelos comerciales que no fueran de Aerolíneas Argentinas, donde no podíamos comprar dos nuevos pasajes y que, además, no salían desde la Ciudad de México. Es decir, los vuelos que el gobierno argentino llamaba “vuelos de repatriación” eran vuelos comerciales, para los cuales la gente debía anotarse en listas, tener “un contacto” que la reposicionara en ellas para poder comprar nuevos pasajes y luego, llegar a Cancún pese a los vuelos internos mexicanos interrumpidos por pandemia y con los hoteles cerrándose por precaución. Es decir, en los vuelos de repatriación sólo entraban las personas con contactos o muy buena suerte y con dinero suficiente. Pero los anuncios y la prensa argentina daban al público una visión de las

cosas que no era real, fomentando la idea de que todas las personas que quedamos varadas éramos ricos porque podíamos viajar en avión, que habíamos salido desobedeciendo las sugerencias del presidente de no viajar después del 12 de marzo, y delineando un perfil de los varados que se correspondía con los partidarios del ex presidente Mauricio Macri y contraponiendo a los varados en el exterior con los pobres que nunca visitaron un aeropuerto y que resistían obediente y patrióticamente al presidente, dentro del país. Estos recursos discursivos, entre otros, hicieron que mucha gente pensara de manera muy negativa de quienes quedamos afuera, sin vernos realmente como personas angustiadas y entendiendo a los varados como enemigos, reavivando una antinomia que parecía un poco apagada en los últimos tiempos y que en Argentina se ha denominado “la grieta”. La grieta es una construcción del discurso político: es un supuesto abismo que separa a los kirchneristas de los macristas, como una trinchera metafórica de combate. Una brutal simplificación que sirvió para neutralizar todo tipo de crítica política y señalar el posicionamiento de un lado, o del otro, sin matices. Al revivir esa grieta, se activó en la memoria colectiva un surco que alude a una antinomia histórica: gorilas vs. peronistas. Claramente es un artilugio del discurso político que remite a una confrontación, a una batalla imaginaria, pues las cosas nunca son tan simples y no hay una grieta con dos lados, como nunca hubo en la sociedad argentina sólo dos bandos

políticos y sí muchas personas que tenían posiciones divergentes, cambiantes, móviles y el legítimo derecho a la crítica que no se toma en cuenta en estas reducciones. De este modo, se condensa en un estereotipo la rabia por el enemigo y se lo condena moralmente, por eso recurrí en el subtítulo de este apartado a un juego una palabras: conden(s)ación.

La cuestión, es que al englobar a todos los varados en un supuesto macrismo antipopular por el hecho de haber conseguido viajar fuera del país (cosa que los kirchneristas hacen tanto como los macristas, los independientes y los de izquierda), se obtenía la tranquilidad simplista de estar “del lado correcto” de la grieta, en la trinchera, junto al presidente. Mi pareja y yo, **168** votamos a este presidente y no, no somos “gorilas”, tampoco viajamos desobedeciendo la recomendación sanitaria presidencial dictada el 12 de marzo^v (como muchos, viajamos antes de esa fecha: nosotras, salimos el 11 de febrero), no fuimos a hacer turismo, sino a realizar varias actividades académicas y aprovechar para dar un paseo de una semana en el medio, tampoco somos varones hétero-cis-blancos ricos: somos una pareja de feminidades disidentes, que viven de salarios docentes y en mi caso, de un sueldo de investigadora del CONICET. Cuando viajamos, con nuestro dinero personal compramos libros que no nos reintegran las instituciones de enseñanza y compartimos con los estudiantes de nivel terciario y universitario. Militamos en el feminismo y producimos, además, eventos culturales. En síntesis, me

atrevo a decir que hacemos parte del campo progresista porteño. Y, de pronto, al quedar varadas en México, nos dejaron del otro lado de la frontera, de esa grieta, como si fuéramos dos *rugbi*ers antiderechos que venían de vacacionar de Miami (imagen estereotipada que circula sobre los jóvenes macristas). Aclaro que para mí, toda imagen estereotipada es burda. Toda simplificación omite la realidad diversa y, en este caso, deshumaniza.

Miles de argentinos (y me incomoda no poder decir, lxs argentinxs) quedamos temporariamente del otro lado y fuimos vistos por algunos compatriotas -palabra que tampoco me gusta, pero se entiende- como externos a una comunidad, como forasteros queriendo entrar y apropiarnos de recursos del Estado que no nos pertenecían. Los varados eran percibidos como el extranjero o el forastero sospechoso de amenazar a la comunidad, trayendo el mal desde afuera, rivalizando por los recursos propios de una comunidad cerrada. Cerrar las fronteras se convirtió en el primer recurso contra un enemigo invisible, corporizado en los que queríamos/necesitábamos regresar a casa.

En ese sentido, las reflexiones de María Galindo en *Sopa de Wuhan* me parecieron más que pertinentes. Ella ve, en cierre de la frontera, la raíz discriminatoria que viene desde la situación colonial, y que amalgama con el anhelo fascista de segregación y exterminio de la protesta social, y señala, con una enorme sensibilidad que no encontré en los otros textos del libro, que son las mujeres las peor vistas

puesto que en ellas se condensa el rechazo social (entiendo porque se acusó a una mujer de haber “ingresado” el virus a Bolivia), la culpabilidad a pesar que son ellas -o tal vez por eso mismo- quienes hacen parte de la economía del cuidado: las mujeres que vuelven desesperadamente a abrazar niños y velar por sus padres ancianos, las mujeres que protegen son doblemente subalternizadas con la instrumentalización del control sobre el coronavirus:

“El coronavirus es un arma de destrucción y prohibición, aparentemente legítima, de la protesta social, donde nos dicen que lo más peligroso es juntarnos y reunimos.

El coronavirus es la restitución del concepto de frontera a su forma más absurda; nos dicen que cerrar una frontera es una medida de seguridad, cuando el coronavirus está dentro y el tal

cierre no impide la entrada de un virus microscópico e invisible, sino que impide y clasifica los cuerpos que podrán entrar o salir de las fronteras.

El espacio Schengen, que es desde donde se ha propagado el coronavirus a esta parte del mundo, donde habito, cierra su frontera a la circulación de cuerpos por fuera de ese espacio y **cumple por fin el sueño fascista de que l@s otr@s son el peligro.**

Entra el coronavirus y llega en aviones, no de turistas, sino de nuestras exiliadas del neoliberalismo que han construido puentes de afecto que hace que vengan a visitar a extraños que llaman hijos, hermanos o padres.

Llegan con regalos y con cuerpos infectados, pero la enfermedad no solo llega en sus cuerpos llega en primera clase también, llega porque tiene que llegar, así de simple.

Parece increíble que tengamos que apelar al sentido común y tengamos que decirles que las fronteras no se pueden cerrar, igualito que no se puede poner techo al sol, ni muro a las montañas, ni puertas a la selva.

Llegó por mil lugares, pero fue el cuerpo de una de nuestras exiliadas del neoliberalismo el estigmatizado y maltratado como “la portadora”, aunque ella y no otros hayan sido y sean quienes mantienen a este país. Los parientes de los

enfermos se organizan para no dejar que se la hospitalice por el pánico, porque **antes de que llegue el coronavirus en un cuerpo, había llegado en forma de miedo, de psicosis colectiva, de instructivo de clasificación, de instructivo de alejamiento.**^{vi}

En términos metafóricos, nuestros pasaportes argentinos y nuestra adscripción nacional y social a una comunidad fueron soslayados^{vii}, vistos de reojo o directamente, suspendidos por mucha gente en nuestro propio país.

Llegaron a decir que los varados pretendíamos que nos regalaran los pasajes siendo ricos, y que por qué los argentinos debían subsidiarnos con sus impuestos en medio de la crisis. Sí, somos argentinas y pagamos nuestros impuestos (lo que reduce el argumento al absurdo, porque también contribuimos con el Estado y sus recursos). En principio, no queríamos un pasaje nuevo, queríamos que Aeroméxico endosara el pasaje a Aerolíneas Argentinas (un arreglo habitual, que no se hizo) o que los aviones militares –que son del Estado, que sostenemos entre todos- intervinieran para repatriar argentinos que ya no teníamos dinero para nuevos pasajes. Queríamos aviones militares que sirvieran a los argentinos, y no que se guarden para una hipotética guerra. Tampoco eso sucedió. Creo que mandaron un avión militar a Perú pero no a México.

Mientras esperábamos una solución, sucedió un evento increíble: En un vuelo de Aerolíneas Argentinas que llevaba repatriados (los que por suerte consiguieron entrar en esas

listas misteriosas) ingresó sin que los pasajeros lo supieran, un ataúd en la bodega con el cadáver de un empresario argentino (radicado en Nueva York), fallecido 11 días antes por coronavirus. Trascendió que el cuerpo estaba momificado y el ataúd, sellado. Desde el Ministerio de Salud y la Cancillería argentina se pidió investigar a fondo el caso, pero lo cierto, es que ese cuerpo entró:

“Coronavirus: Murió en EE.UU., lo repatriaron embalsamado y no avisaron que estaba contagiado. El Ministerio de Salud pidió investigar "hasta las últimas consecuencias" que no se haya informado sobre la muerte por covid-19

El cadáver embalsamado de (Elías) Masri (91 años, empresario argentino radicado en EEUU) llegó a Ezeiza el sábado, en un vuelo (de Aerolíneas Argentinas) organizado por la Cancillería para repatriar argentinos varados en los Estados Unidos. El cuerpo llegó en la bodega del avión, en un cajón sellado, y ahora se pidió que se investigue cómo fue que se autorizó ese traslado (...). La Secretaría de Salud del Ministerio que conduce Ginés González García hizo la presentación judicial y solicitó que el caso se investigue “hasta las últimas consecuencias” (...). Carlos Rodríguez, **Página 12**. 23 de abril de 2020. <https://www.pagina12.com.ar/261531-coronavirus-murio-en-ee-uu-lo-repatriaron-embalsamado-y-no-a>

170

Al saber esto, nos indignamos y aumentó nuestro nivel de rabia e impotencia pues no sólo teníamos la espera y ninguna respuesta. Los vivos no podíamos entrar en los aviones mientras que una familia muy rica (millonarios de verdad) conseguía repatriar un cadáver... El cadáver de un millonario rosarino radicado en Nueva York desde los años '50. Obviamente esta irregularidad puso en total evidencia que no todos somos iguales para el poder, que dentro de las empresas y las oficinas dependientes del

Estado hay “palancas” que facilitan cosas imposibles, y que claramente no estábamos del mismo lado que un millonario radicado en Estados Unidos. Nuevamente, la idea de grieta y de que los varados éramos todos iguales, no estaba siendo realista, sólo permitía a algunos aplanar esa curva, y en esa simplificación, dejar fuera a los más débiles (fueran estos sanos y más expuestos, portadores o infectados) mientras que los poderosos, tenían sus métodos y alianzas para entrar (y entrar, aún, innecesariamente) llevando el virus.

Es en estos casos, cuando elevar las voces, denunciar la irregularidad, realizar el reclamo es necesario y justo, pero para eso, hay que tener posibilidades para realizar esa

denuncia que es también, política. El ASPO restringía los medios de protesta de los varados al uso de las redes, entrevistas, Facebook e Instagram (Fig. 5). La prensa, reactivando el discurso de la grieta, no ayudaba a entender la humanidad frágil exiliada por el cierre de fronteras.

Cuando fuimos al Aeropuerto, era muy peligroso el contagio, estábamos resfriadas y débiles, no era seguro quedarnos a resistir allí, ni teníamos dinero para regresar diariamente. Lo mismo, con las visitas al Consulado, la Embajada o las oficinas de Aeroméxico. La fragilidad de los cuerpos existe y más, en contextos de estrés como una pandemia.

171

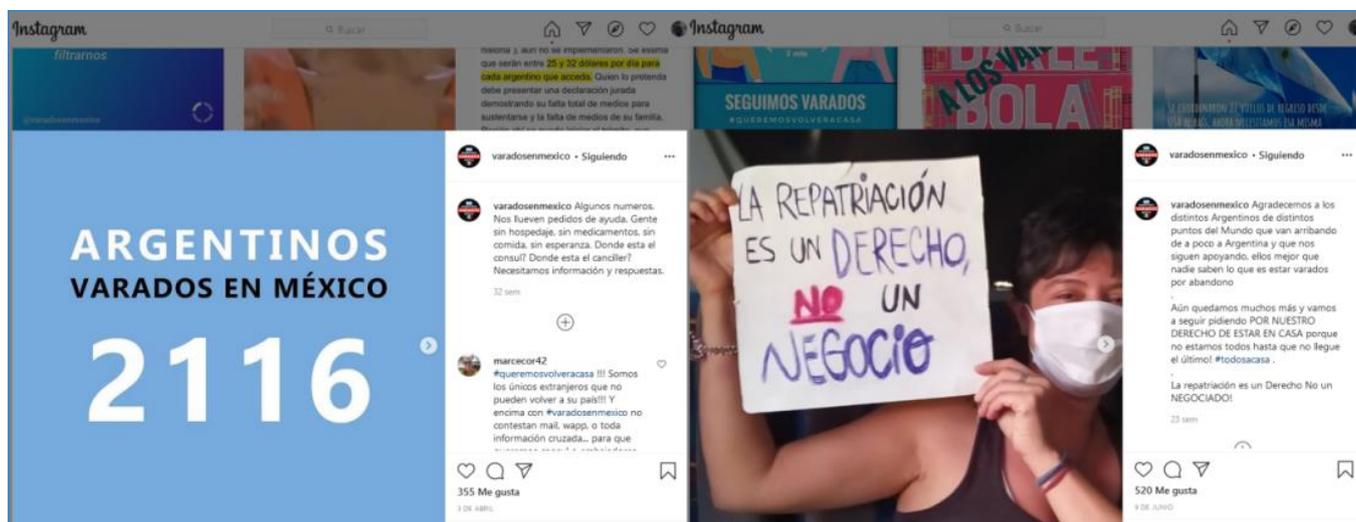


Fig. 5. En abril, había 2116 argentinos varados en México y en junio quedaban aún 1200 personas esperando una solución de parte del Estado argentino. Posts del feed del Instagram @varadosenmexico, 3 de abril y 9 de junio de 2020. <https://www.instagram.com/p/CBO9R5RDb1O/>

Hubo gente que durmió en el Aeropuerto porque no tenía alternativa, gente que fue albergada por mexicanos generosos, pues no

todos tenían suficiente dinero para un hotel. No ver esto, es deshumanizar a los varados, pensando que todos eran poderosos millonarios y

no personas angustiadas y con recursos limitados, que no tenían culpa de la expansión de un virus; y que entre los varados en abril seguía habiendo enfermos en tratamiento, embarazadas, niños y ancianos que no conseguían entrar en los vuelos de repatriación, a pesar de que eran grupos prioritarios.

Fue la Iglesia de los mormones (para nuestra sorpresa) quien sí consiguió el permiso (¿cómo hicieron?) para ingresar a un país cerrado para los argentinos que teníamos pasajes comprados anteriormente. Los misioneros mormones –en su mayoría, ciudadanos de otros países de Latinoamérica- sí podían ingresar a la Argentina alquilando un avión y pagando una tripulación de Aeroméxico, o sea, el mismo avión que podría habernos llevado a casa el 17 de marzo, tal como estaba previsto. Lo alquiló “un padrecito” mormón y consiguió entrar a un país cerrado por orden de un gobierno teóricamente laico. Los mormones y los demás subimos con controles de temperatura pero sin hisopado. Es cierto que podríamos haber llevado el virus. No pasó. Pero ¿Por qué podían ingresar algunos vuelos al país y otros no?

Más allá de que no entiendo cómo los mormones consiguieron esa autorización, agradezco a la Embajada habernos subido a ese vuelo. Pero más, agradezco al contacto político aunque de manera irregular (la única que encontramos en medio de esta crisis lamentable) puso a Victoria en una lista y luego, ella logró que me incluyeran. Desde el principio, esperamos que nos llamaran legítimamente por

haber salido del país mucho antes de la pandemia, porque teníamos motivos laborales para hacerlo, porque había una situación familiar que atender al regreso, pero cuando vimos que no había un orden de prioridades en esa supuesta y misteriosa lista de repatriación (porque, tal como he dicho, desde el Instagram veíamos que algunos de nuestros compatriotas conseguían volar y otros, más vulnerables no), que el último vuelo era el de los mormones y luego, se iba a cerrar todo ingreso, y que la plata no nos alcanzaría para vivir hasta septiembre, no tuvimos más remedio que recurrir a ese contacto, aún, teniendo un peso en nuestras conciencias el cual por responsabilidad y sinceridad, no ocultamos como no ocultamos nuestro agradecimiento personal. Las cosas no son como deben ser. De eso, estoy segura.

- INVISIBILIZAR ES UNA FORMA DE DESHUMANIZAR

Por otro lado, quería referirme a la invisibilidad de algunas personas. El fenómeno de la pandemia trastocó no sólo las formas de protesta de los actores sociales al aislarnos y apagar (o restringir) en buena medida los alcances de la crítica y del reclamo sino que, también y en medio del torbellino, hubo otras invisibilizaciones. Al ver las principales reflexiones de los intelectuales convidados a pensar la crisis generada por la pandemia - publicación que recorrió el mundo en breves días- y se conoce como **Sopa de Wuhan**^{viii}, tuve

ocasión de percibir que ninguno de los autores hizo referencia a las personas que se quedaron varadas fuera de sus países de residencia. También, se percibe cómo la comunidad LGTTBIQNB+ casi no fue vista como un actor social vulnerable en pandemia. La compilación (salvo Paul B. Preciado^{ix}) no menciona prácticamente a este colectivo. Sabemos -no hacen falta citas de autoridad- que cuando se señalan cuerpos extraños a una comunidad como portadores de una enfermedad, será a los más pobres, débiles y marginales, sobre quienes caen prioritariamente las sospechas. Acabamos de demostrar que el forastero sospechoso puede ser también el connacional que quedó del otro lado, pero que si es realmente millonario, consigue entrar hasta muerto. Hay una cuestión de clase (pero no de clases medias contra clases medias), digo, hay una cuestión de clase (sí) que permite que “la élite de la élite” vaya más allá de lo que la clase media se imagina en su horizonte más aplanado donde percibe a los más cercanos, como potenciales competidores. Pero también hay una forma heterocispatriarcal (que es parte constitutiva del capitalismo) de clasificar a las personas y que expone a aquellas que no entran en el canon, a una mayor fragilidad. Las mujeres, por debajo de los hombres, asumen la economía del cuidado (que en general es sin renta) y están más expuestas que los varones (María Galindo lo dijo claramente) entre ellas, la discriminación por etnia juega en contra, extremando esa diferencia; gays y lesbianas no reciben el mismo trato amable en todos los lugares, padecen en

circunstancias que para otros son comunes, un estrés mucho más alto y deben cuidarse de la homofobia; la población trans (el sector más discriminado) es aún más vulnerable a la violencia y recurre muchas veces (no siempre) a trabajos para sobrevivir que pone en múltiples riesgos su cuerpo. ¿Por qué en general los autores que en marzo recorrieron el mundo con **Sopa de Wuhan** no se detuvieron a mirar a las personas que se quedaron del otro lado del cierre de fronteras, queriendo volver a casa y, dentro de este colectivo, a aquellos que hacemos parte de la comunidad digamos (sintéticamente) *queer*?

En Argentina, los ecos de esa **Sopa de Wuhan** resonaron en dos ediciones locales: **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en 173 tiempos de pandemia** (abril)^x y **El futuro después del COVID-19** (mayo)^{xi}, ambas, publicadas en Buenos Aires. En ellas, realicé la misma constatación que en el libro internacional: los intelectuales y artistas argentinos convocados para hablar de la humanidad en pandemia, omiten ostensiblemente el tema de los varados en el exterior. Creo que es posible entender, a partir de esto, el minúsculo valor que se le dio socialmente a este fenómeno que fue angustiante para quienes fuimos afectados. Pero cabe preguntarse el porqué.

Si todos ellos, intelectuales, profesores universitarios y artistas argentinos, son gente que viaja al exterior, utiliza aviones y transita aeropuertos, lee los diarios y sigue las noticias: ¿Por qué a ninguno se le ocurrió que esta exclusión podría afectar a otras personas o (muy

especialmente) a sí mismos? ¿Por qué ninguno se imaginó en esa circunstancia, que bien podría haber acontecido? Algunos son colegas, algunos los conozco, y más o menos, sé cómo piensan...

Tal vez, porque nadie eligió ponerse en el lugar incómodo de reconocer públicamente -en medio de la “conden(s)ación del enemigo”- que podría gozar de ese presumible privilegio de volar afuera del país (y tal vez sucedió poco antes de la pandemia), mientras que la enorme mayoría de la población, encerrada por decreto en sus casas (comprensiblemente inquieta, inestable, asustada, con sentimiento de estar presos, muchas mujeres encerradas con sus propios agresores), desarrolla rabia y resentimiento por quienes están afuera, en una supuesta isla de la fantasía.

Fue, en esta línea que dos textos me llamaron la atención. El primero, de abril, escrito por Lala Pasquinelli en **La Fiebre**. El segundo, escrito por María Moreno y publicado en mayo en **El futuro después del COVID – 19**.

Pasquinelli es la excepción respecto del tema que ocupa mi crónica y este artículo: ella se refiere explícitamente al tema de los varados en el exterior y menciona, además, a los “homosexuales” (sic), y apunta, certeramente, a la cuestión de la invisibilización como deshumanización. La autora, señala las desigualdades sociales, las jerarquías y la deshumanización que el capitalismo genera:

“Deshumanizar

(...) Sabemos que en el patriarcado-colonial-capitalista-neoliberal las vidas no valen lo

mismo. La vida de un hombre blanco, heterosexual, educado, vale más que la de un varón pobre sin acceso a la educación, que seguramente valdrá más que la de un homosexual varón. Sabemos que la vida de una mujer vale menos que la de ellos tres, si es lesbiana seguramente menos y si se trata de una persona trans menos que menos. El criterio de selección no es arbitrario, tiene que ver con las exigencias del sistema económico y con el rol que se le otorga a cada sujeto dentro de ese sistema. Las vidas de las mujeres valen menos por la desjerarquización del rol social que se les otorga.”^{xii}

Hasta ahí, coincido bastante. Pero en su planteo específico, Pasquinelli refleja la postura señalada anteriormente, que condensa en los varados el prejuicio condenatorio y construye un binarismo brutal que usaron los medios afines al gobierno, y contrapone a las personas que viajaron al exterior con las personas pobres que **174** sufren estructuralmente, dentro del país.

Articula una oposición entre mujeres (yo prefiero decir feminidades) que es extremadamente simplista, imprecisa, maniquea. Fuerza la idea de lucha de clases construyendo enemigos que no son tales, y que son personas que marchan juntas en muchos reclamos feministas. Así, desde mi punto de vista, la autora fractura la lucha, realiza una condensación simplista construyendo un enemigo y deshumaniza, entre otros, a las mujeres y especialmente, a las lesbianas:

“Lo que no se cuenta no existe”

Y así como desde antes del cierre de las fronteras, todos los días aparecen y se multiplican las noticias, relatos en primera persona y crónicas de los “varados en el exterior”, personas con acceso a tarjetas de crédito, pasaportes, visas y divisas que les permiten vacacionar, estudiar o trabajar en el

exterior, notas en las que oiremos sus voces y quejas, veremos sus caras via (sic) zoom y hasta fotografías felices de sus viajes. Con la misma insistencia o por esa insistencia, nos serán ocultadas: las historias de las mujeres que sostienen la vida de comunidades enteras, las de los adultos mayores que se resisten a aislarse porque están solos y prefieren vivir, o las de quienes debieron soportar horas de cola, parados al fresco del otoño para cobrar unos pesos que les permitan apenas subsistir. No conoceremos las caras, ni las historias de los y las que a pesar del aislamiento tienen que salir a trabajar porque su familia come de lo que ganan cada día.

¿Cómo es la vida de esas personas? ¿Cómo son sus casas, sus historias, sus cuerpos? (...)

Lo que no se cuenta no existe, lo sabemos muy bien las feministas; en el relato de nuestras opresiones individuales hemos encontrado el camino para identificar el problema y al opresor, hemos podido decir que no somos nosotras el problema, que el problema está afuera de nuestros cuerpos, aunque opera sobre ellos. Supimos contando y haciéndonos visibles que el problema es este sistema social, político y económico patriarcal-colonial-capitalista-neoliberal, y eso nos permite hoy politizar lo personal.”^{xiii}

Pasquinelli olvida que dentro de esas personas varadas que recurren a la visibilidad del zoom, del Facebook o Instagram (tanto como ella lo hacer dentro del país, además de que publica en una compilación prestigiosa y visible), hay mujeres, muchas de ellas feministas, algunas lesbianas, algunas de izquierda, en fin... soslaya la humanidad de esas personas. Personas que tienen tanto derecho como ella (que vemos que sabe ejercerlo, pues eleva la voz y publica sus ideas) retirándoles esa legitimidad de alzarla como si eso fuera en desmedro del reclamo de justicia de los pobres y las mujeres explotadas en las villas, por ejemplo.

Pasquinelli aplasta la humanidad de lo personal-político de quienes quedamos afuera

del país subsumiéndolo a una afirmación simplista de amigos/enemigos, de buenos y malos, de revolucionarios/antirrevolucionarios y, desde mi punto de vista, en esa operación claramente se confunde de enemigo, dispara contra posibles aliadas y da una imagen empobrecida de un feminismo argentino que realmente va más allá de las miradas deterministas del siglo XIX. Una pena, realmente: la única autora que encara la cuestión de la deshumanización por invisibilización junto con el tema de los varados en el exterior, se dispara un tiro en el propio pie.

- MARÍA MORENO: NOMBRAR Y HUMANIZAR DE CARA AL FUTURO 175 POST-CORONAVIRUS

Más allá de lo antedicho, va a ser el feminismo, esta vez, en la letra de María Moreno (directora del Museo de la Libro y de la Lengua, en Buenos Aires) quien va a visibilizar deliberadamente, reposicionando en el campo discursivo, a la comunidad *queer* visibilizando no sólo que existe, sino que tiene algo para ofrecer a la sociedad del futuro inmediato (post-pandemia), como ejemplo de amor y formas de solidaridad. Su texto, publicado en mayo en **El futuro después del COVID – 19**, recuerda la crítica de Galindo al cierre de fronteras y el carácter totalitario de los gobiernos en pandemia, pone el foco sobre el maltrato estructural sobre trabajadores, disidentes, marginados u oprimidos, y alerta sobre el aumento del

volumen de esta violencia en el ASPO por parte del estado de excepción y advierte la necesidad de producir una sutura en la herida que las fronteras abren en la sociedad y nombra, haciendo visibles, a lxs actorxs de la comunidad *queer*, donde el lenguaje inclusivo opera mostrando la enorme diversidad de las personas y favoreciendo la tolerancia:

“Dice la xenofeminista Helen Hester que es preciso crear una fórmula que favorezca una solidaridad orientada hacia el afuera con les extrañes, les desconocidos, y la figura de les extranjeros, por encima de la solidaridad restrictiva que adopta nuestra relación con lo familiar, lo similar y la figura de les compatriotas. Otra mujer, Judith Butler, la llama refugio (...) El lenguaje inclusivo no se difiere por emergencia: llamar por el nombre conseguido, en la atención de les pacientes trans, travas, no binaries, ocupa el mismo tiempo que el violento y judicial nombre designado al nacer. Que no retornen los interrogatorios prontuarios, la eugenesia pret a porter, la lógica del rendimiento a futuro que da siempre a quien ya tiene, el hombre blanco, de mediana edad, consumidor, teletrabajador, casado, reproductor, bancarizado. No hay estado de excepción para la homofobia, la transfobia, la lesbofobia, el racismo, la ancianofobia.”^{xiv}

Cierto, la discriminación y el odio (que no es fobia exactamente) son componentes de la sociedad actual que pueden y deben erradicarse. Y expresa con sinceridad y desenfado la necesidad de retornar al cuerpo, al contacto, volver a sentir la humanidad en las pieles y las lenguas, experiencias bloqueadas durante el aislamiento. Para ello, María Moreno rescata la idea del “beso *queer*”, que describe de manera risueña y festiva, a la vez que pide la alegría de sumar el cuerpo y la tecnología que tanto incorporamos durante el ASPO, como nuevos

cyborgs sensibles, sin violencia, solidarios colectivamente y de la mano de un feminismo moderno y libertario:

“(…) Que vuelva (...) el beso queer que es un beso colectivo, una mezcla de beso de lengua y de piquito^{xv}. Lo explico mejor: consiste en que, por lo menos cuatro participantes, de diferentes gustos eróticos, junten sus lenguas en un punto mientras giran un poco en dirección a las agujas del reloj, pero con el ritmo de una cumbia, si la hay (...) Que vuelvan los profesores, las profesoras, les profesores en cuerpo presente^{xvi}, la enseñanza con músculo, teatro mímico y lecturas radiofónicas, que no pueden faltar para transmitir la pasión de leer y de pensar. Y que vuelva la movilización que es la ruptura del tabú de tocarse con otros, un provisorio sentirse igual al que marcha a nuestro lado, paréntesis a la clase, la raza, el género, la comunión de la carne donde los vulnerables dan vuelta la taba (...) Pero a la tecnología no se la demoniza: se la apropia. (...) Aboguemos por un feminismo cyborg, yuyero, especiero, cuyos saberes vayan de la revista *Mecánica Popular* a la revista *Labores*^{xvii}, de Internet a los teléfonos de línea, del uso de algoritmos al equipo de radioaficionados, porque ningún archivo vence, permanece abierto, un feminismo nómada y pionero en nuevos territorios sin cámaras de vigilancia ni microchips, porque siempre que hubo Superpoderes hubo resistencia e invención, afecto y humor. Pero siempre con el cuerpo, nunca sin el cuerpo. Ni una menos. Vivas nos queremos. Basta de travesticidios. Cuerpo junto a cuerpo. Pero nunca Cuerpo^{xviii} a Cuerpo ni Cuerpo a tierra.”^{xix}

176

Nótense las mayúsculas usadas reiteradas veces en la palabra “Cuerpo”. María Moreno, directora del Museo del Libro y de la Lengua, es escritora y periodista. Cada palabra está aquí jugando un papel importante, en este caso, desea subrayar fuertemente la vuelta al encuentro de las personas, e introduce temas importantes: visibilización de travestis, lesbianas y gays, la

necesidad de libertad de expresión y la necesidad de liberar el lenguaje.

COMENTARIOS FINALES

Después de haber vivido la cuarentena en la Ciudad de México y en la de Buenos Aires, siento, como la gran mayoría (eso lo que leo y escucho) una gran ansiedad por salir del aislamiento y ver cómo será nuestro futuro. Pero también, la incertidumbre de cómo van a ser las cosas, los riesgos, los reacomodamientos. La experiencia del encierro (en mi caso, los encierros) activó nuevas maneras de usar la tecnología -en la enseñanza y el diálogo académico especialmente, pero también con lxs amigxs- y generó un apego aún mayor a las pantallas. No sé cómo va a ser ese retorno al contacto corporal que dice Moreno, en las marchas y en las fiestas que ciertamente extraño. Sé que ese encuentro educa nuestra sensibilidad, el respeto por lxs otrxs y la circulación de una energía, una vibración colectiva. Las marchas por **Ni una menos**, **Contra los travesticidios**, la **Marcha del Orgullo**, por la **Memoria**, la **Verdad y la Justicia**, etc., todos esos encuentros humanos, vibrantes, en las que las transfeministas nos reunimos, espero que vuelvan y nosotrxs, a ellas.

Mi crónica y mis comentarios sobre estar varadxs fueron para mostrar miradas anticuadas, binaristas, hegemónicas, simplificadoras. Para cuestionarlas y proponer nombrar y nombrarnos, tanto como individuxs o como actorxs socialxs,

porque al visibilizarnos nos humanizamos y nos colocamos en el campo de lo político.

Supongo que pronto vamos a volver al espacio abierto, al escenario público, a la plaza del Congreso y al parque del pasto verde, del mismo modo que quisimos volver a casa cuando estábamos lejos: para poder abrir las puertas, a dar y recibir afecto de seres queridxs, no para cerrarlas. Seguramente cambiaremos muchas cosas después del ASPO. Aunque los conflictos sociales estén ahí esperándonos (somos parte de eso), ojalá sepamos crear nuevas y mejores formas de ser y estar en comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV. **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia.** Buenos Aires: Editorial ASPO, abril de 2020.
- AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020.
- DINATALE, Martín. **Infobae.** 21 de Marzo de 2020. <https://www.infobae.com/politica/2020/03/21/el-gobierno-dijo-que-30000-argentinos-se-fueron-en-medio-de-la-pandemia-y-fijara-prioridades-para-la-repatriacion/>
- GALINDO, María. “Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir”. In: AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020.
- GRIMSON, A. et AAVV. **El futuro después del COVID – 19.** Buenos Aires: Argentina Unida, mayo de 2020.
- MORENO, María. “Mientras tanto”. In: GRIMSON, A. et AAVV. **El futuro después del**

COVID – 19. Buenos Aires: Argentina Unida, mayo de 2020.

PASQUINELLI, Lala “Lo local es político”. In: AAVV. **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia.** Buenos Aires: Editorial ASPO, abril de 2020. PP. 169-185.

PRECIADO, Paul B. “Aprendiendo del virus”. In: AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020. PP. 163-185.

NOTAS

ⁱ Historiadore. Investigadore de la Carrera de Pesquisador Científico del CONICET con sede en el Instituto Ravnani de la Universidad de Buenos Aires. Dictó Teoría de la Historia en la UNLu e Historia de Brasil en la UBA. Coordina el GEHBP y el GERE, grupos de investigación.

ⁱⁱ A lo largo de este texto uso el género masculino tradicional cuando hablo en plural para facilitar la lectura del público brasileño, pero deseo aclarar que si fuera una publicación en mi país, sin dudas usaría el lenguaje inclusivo reemplazando las vocales “a” y “o” por la “e”, de manera que el género neutro diera cabida a todos quienes engloba un término, sin imponer el masculino sobre el femenino. Eso sería así, porque el uso del lenguaje inclusivo es una bandera de mi comunidad: es la expresión de un reclamo legítimo de visibilidad de las feminidades y las personas –como yo– no binaries que si somos subsumidos en el colectivo masculinizado, perdemos (como históricamente han perdido las mujeres) parte de la presencia, del empoderamiento, de la potencia para que su voz sea oída y, por eso, es también una demanda de modernización de la lengua española. En el vértice del debate argentino sobre el uso del lenguaje vemos, como en otras instancias, un punto donde el feminismo y la teoría *queer* se reúnen y transforman la sociedad. El lenguaje inclusivo se está utilizando y difundiendo en los niveles básico y medio de enseñanza en Argentina, especialmente en la Ciudad y en la Provincia de Buenos Aires.

ⁱⁱⁱ Victoria, mi compañera, formaba parte del colectivo @varadosenmexico que se comunicaba mediante Instagram que, como ya dije, llegó a contar más de 2000 argentinos sólo en ese país, la mayoría, varados en Ciudad de México, Cancún y Guadalajara. La Ciudad de México (CDMX) no es destino de Aerolíneas Argentinas, por eso, a nosotras nos canceló el vuelo Aeroméxico (la empresa mexicana en la que teníamos comprados los pasajes), pero

en CDMX está el aeropuerto de la capital el que concentra los vuelos internos de conexión.

^{iv} Hoy, en octubre, sabemos que esa apertura de fronteras aún no se implementó completamente.

^v Nota de la prensa: “El Gobierno dijo que 30.000 argentinos se fueron en medio de la pandemia y fijará prioridades para la repatriación (...) habrá mayor atención en los operativos para traer a los 23.000 que estaban varados antes. El Gobierno detectó que 30.352 personas salieron de la Argentina el día en que Alberto Fernández emitió la cadena nacional y se anunciaban restricciones fuertes para los vuelos por lo que **ahora se decidió que darán prioridad para repatriar a todos aquellos argentinos que quedaron varados en el exterior antes de ese momento.** El Canciller Felipe Solá destacó hoy que se están tomando todas las medidas para repatriar a unos 23.000 argentinos que quedaron varados con sus tickets aéreos en Europa, Asia o Estados Unidos. Pero alertó que hubo 30.000 argentinos que se fueron sabiendo que iba a existir una fuerte restricción de vuelos (...). En **la cadena nacional el Presidente ya advertía sobre las restricciones de vuelos que se iban a tomar y el cierre de fronteras. Eso ocurrió el 12 de marzo y los registros obtenidos por Migraciones datan de que el 13 de marzo, a pesar de las recomendaciones del Gobierno de quedarse en sus casas para evitar la propagación del virus o evitar la salida a países en zonas de riesgo, salieron igual unos 30.000 argentinos (...)** Martín Dinatale, **Infobae.** 21 de Marzo de 2020. <https://www.infobae.com/politica/2020/03/21/el-gobierno-dijo-que-30000-argentinos-se-fueron-en-medio-de-la-pandemia-y-fijara-prioridades-para-la-repatriacion/>

^{vi} GALINDO, María. “Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir”. In: AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020. Pág. 121.

^{vii} En español “soslayar” quiere decir poner algo de costado, para atravesar una estrechura, o también pasar de largo, o por encima, para esquivar una dificultad. De allí se deriva “mirar de soslayo”: mirar de costado (*lateralmente*), oblicuamente, con desconfianza o con reservas y con incomodidad.

^{viii} AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020.

^{ix} PRECIADO, Paul B. “Aprendiendo del virus”. In: AAVV. **Sopa de Wuhan.** Buenos Aires: Editorial ASPO, marzo 2020. Págs. 163-185.

^x AAVV. **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia.** Buenos Aires: Editorial ASPO, abril de 2020.

^{xi} GRIMSON, A. et AAVV. **El futuro después del COVID – 19.** Buenos Aires: Argentina Unida, mayo de 2020.

^{xii} PASQUINELLI, Lala “Lo local es político”. In: AAVV. **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de**

pandemia. Buenos Aires: Editorial ASPO, abril de 2020. PP. 169-185. Pág. 183.

^{xiii} PASQUINELLI, Lala “Lo local es político”. In: AAVV. **La Fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia.** Buenos Aires: Editorial ASPO, abril de 2020. PP. 169-185. Pág. 183.

^{xiv} MORENO, María. “Mientras tanto”. In: GRIMSON, A. et AAVV. **El futuro después del COVID – 19.** Buenos Aires: Argentina Unida, mayo de 2020. PP. 211. Págs. 179-181.

^{xv} *Beso de piquito:* unir rápida y levemente los labios en punta durante un beso.

^{xvi} En cuerpo presente: en alusión a las clases a distancia por zoom.

^{xvii} *Labores:* revista de la segunda mitad del siglo XX, editada en Argentina, dedicada temas supuestamente femeninos, como coser, tejer, correo sentimental, etc.

^{xviii} Cuerpo a cuerpo, como la lucha. Cuerpo a tierra es una orden de entrenamiento militar que significa tirarse al piso.

^{xix} MORENO, María. “Mientras tanto”. In: GRIMSON, A. et AAVV. **El futuro después del COVID – 19.** Buenos Aires: Argentina Unida, mayo de 2020. PP. 211. Págs. 179-181.

Recebido em: 19/11/2020.

Aprovado em: 21/12/2020.

Publicado em: 31/01/2021.